

«Cuanto á mí, escribía Don Juan (1), estoy manso, aunque colérico.»

Don Juan firma pues en el famoso edicto perpetuo las condiciones que exige el consejo de los Estados (2): renuncia al embarque de los españoles; envía á sus tercios la orden de trasladarse á Maestricht y de evacuar el territorio en el término de cuarenta días. Reconocía en los Estados el derecho de fijar los impuestos y disponer de las tropas nacionales, bajo la condición de mantener en todo y en todas partes nuestra santa fe y religion católica romana y la debida obediencia al rey nuestro Señor (3).

III.—Ensayo de administracion regular.

Este compromiso no dió satisfaccion á nadie, ni á los soldados españoles, que habian de atravesar la Europa central sin recibir sus pagas; ni al consejo de los Estados, que no estaba en aptitud de mantener sus empeños; ni al príncipe de Orange, que veía amenazada su influencia; ni á Don Juan, cuyos proyectos sobre Inglaterra quedaban indefinidamente aplazados.

Los soldados españoles estaban acostumbrados de diez años atrás á vivir en la abundancia, se habian casado con flamencas y estaban rodeados de hijos (4). Muchos de ellos hallábanse cubiertos de heridas, otros quebrantados por la vejez; todos estaban espantados de esta larga marcha y de tal manera sorprendidos de verse abandonados por el rey en país enemigo, que súbitamente vinieron á hacerse bastante dóciles para que Escobedo, enviado por Don Juan con ellos á Amberes, aprovechara la ocasion para hacer ahorcar tranquilamente al *electo* (5) y á los más comprometidos en la insurreccion de Alost. Los burgueses de Amberes los veían desfilar por sus calles (6) y reconocieron entre el equipaje de la guarnicion algunos utensilios de los que les pillaron seis meses ántes (7). No eran ya aquellos bravos tercios del duque de Alba cuyos coseletes damasquinados y cuyas mujeres ricamente engalanadas eran de ver, sino una turba de veinte mil desterrados, enfermos, niños, con mil carros y diez mil caballos. «Hubiérase creído ver al pueblo de Israel á su salida de Egipto» (8). Los jefes contendian por

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 169, Don Juan al rey, 31 enero 1577.

(2) El 17 de febrero de 1577.

(3) Artículo 2 del tratado.

(4) Cabrera, tom. II, pág. 373.

(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 257.

(6) *Ibid.* pág. 255, el 20 de marzo de 1577.

(7) D'Aubigné, *las Historias*, tom. II, pág. 325.

(8) *Corresp. de Felipe II*, Roda á Zayas, 28 marzo 1577. «Paresce ser un retrato de la salida de Israel de Egipto.»

ejercer el mando superior: Sancho de Avila tenia en su favor la buena voluntad de los soldados; pero Julian Romero era el más antiguo; Francisco de Valdés habia mandado en jefe el sitio de Lieja; Alonso Vargas, Mondragon, Verdugo, todos hacian puntillo de honor de no ser mandados por otro general. Fué preciso encomendar el mando al conde de Mansfeld, que era extranjero, para calmar la discordia (9). El dinero de las pagas atrasadas dió más que hacer á Don Juan de Austria: faltos de socorro, los españoles que habian consentido en retirarse hasta Maestricht, se negaban á continuar su marcha. Escobedo les declaró que el rey acababa de vender sus alhajas en Génova y los decidió á aceptar las letras y continuar (10). Despues de muchas fatigas llegaron á Las Langas, en las montañas de Liguria, sin hallar los víveres ni el dinero que se les habia prometido (11). Las deserciones y los ataques á mano armada volvieron á empezar: hasta Génova temió una invasion y se puso en defensa con una guarnicion de corsos. Por último, el 26 de julio, despues de cuatro meses de marcha, reciben de improviso del virey de Milan la orden de volver á Flandes (12).

Los estados de los Países-Bajos, esto es, los incapaces que los representaban con el nombre de consejo de los Estados, estaban muy embarazados á la sazón con su victoria diplomática sobre Don Juan. Cuando un poder sale de una revolucion, se defiende difícilmente contra la política que halaga la pasión más violenta. El príncipe de Orange se oponía á una solución que iba á destruir su preponderancia; hizo que los estados de Holanda y Zelanda rehusaran la paz y buscó apoyo en el fanatismo religioso. El diablo anda en esto, exclamó Don Juan; por todas partes lleva el incendio (13). No es que se haga ilusiones sobre la autoridad real del protestantismo. «La causa de nuestra religion, confiesa uno de los más ardientes calvinistas, es maravillosamente aborrecida y sospechosa para todos, que quieren más perderse sin nosotros que con nosotros salvarse» (14). Por otra parte, satisfacía la paz á muchos espíritus, la paz con la partida de los españoles, con las garantías para el porvenir y la seguridad en los caminos públicos. «Se han tomado las armas,

(9) Cabrera, tom. I, pág. 373.

(10) *Id.* Don Juan de Idiaquez hizo la operacion.

(11) Cabrera, tom. II, pág. 381.

(12) *Ibid.* pág. 408. Este virey era el marqués de Ayamonte.

(13) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 249.

(14) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 118, carta de Santa Aldegonda.

decían los prudentes (1), contra los que querían poner la patria en mayor opresion, sin que entónces se tratara de la supuesta religion reformada... El hecho de la religion es accesorio de la primera queja de los estados y parece extraño que lo accesorio se tenga más en cuenta que lo principal.»

Si Don Juan hubiera estudiado el país que tenia que gobernar en vez de pensar en los medios de hacerse el soberano de otro, hubiera podido aprovecharse de esta impaciencia que sentían provincias enteras contra la temeridad de los reformados. Ya manifestaban los estados de Artois su oposicion á la influencia de los sectarios con la desaprobacion de «la ayuda capital y medios generales» (2) que debían pagar los mercenarios: desde este momento un político ilustrado habria encontrado apoyo en Artois, en el Henao y en las ciudades católicas. Orange temía demasiado esta complicacion para decidirse á hacer un llamamiento en los países católicos á las pasiones populares contra la burguesía y á explotar ese instinto de todas las democracias que prefieren un hombre á una asamblea parlamentaria.

Pero Don Juan no descubre sino que la lucha ha cambiado de carácter; pronto llegará el hombre de genio que ha de encontrar la solución. Entre tanto odia igualmente Don Juan á los reformados y á los que piden la tolerancia religiosa, á los próceres que exigen derechos políticos y al populacho que sueña en el pillaje. Está de tal manera perdido en este juego de los partidos que imagina reconciliarse con el príncipe de Orange y es por algun tiempo juguete de los sectarios «Yo, dice, ando entre ellos como pelota en el juego, que uno me toma, otro me deja (3).» Se queja de que los estados conserven sus auxiliares alemanes é ingleses contra los convenios jurados.—¿No conservais vos mismo á Escobedo, á pesar del artículo que excluye á los españoles? le contesta el de Orange (4), que á esta mala fe añade la bravata de perseguir abiertamente á los católicos en Holanda y en Zelanda y de ejercer tal presión sobre el populacho de Bruselas (5), que el gobernador elegido por el pueblo se ve obligado á pedir proteccion á los alabarderos. Más aún, en un banquete ofrecido á Don Juan por la

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 664, carta de un individuo de los estados.

(2) *Ibid.* pág. 753.

(3) *Ibid.* pág. 248.

(4) *Ibid.* pág. 810.

(5) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 104-112.

corporacion municipal, los ochenta mosqueteros de la guardia son desarmados y maltratados por la canalla sin que los magistrados puedan ó se atrevan á protegerlos (6). En Amberes ocurren los mismos desórdenes, las mismas vejaciones para Don Juan (7): los burgueses expulsan á los valones y alemanes de la ciudad y constituyen república independiente. En Malinas se trama un complot para arrebatarse á Don Juan y conducirlo preso á Holanda (8).

Sin embargo, más irritados parecen Don Juan y Escobedo contra los moderados que contra los sectarios del príncipe de Orange. «Por policia y combeniencia, dice Don Juan (9), para que creciese el trato y comercio de que se sustenta, era necesaria esta libertad (de conciencia), y como estos son tan interesados, generalmente abrazan todo aquello que se encamina á este fin, sin acordarse de Dios ni de V. M.» Y añade Escobedo por su parte (10): «Veo ciegos preladados, olvidados los clérigos de todo lo que no es beber y vivir en libertad; los caballeros muy aficionados á sus abadías; los artesanos que su Dios y su Madre es sólo el trato. Y está esto admitido en tanta manera que, con saber ellos quién es hereje, sin ningun escrúpulo casan sus hijos los unos con los otros sin distincion, como lo de la hacienda se acomode, que es el último mal á que se puede llegar, porque los unos y los otros con esto muestran claro que no creen en nada, sino en hacienda.» Acaso la mejor medida seria desembarazarse del príncipe de Orange y de Champagne. «Despachar á Oranges» es cosa que cae con frecuencia de la pluma de Don Juan. «Tengo en el pensamiento, contesta de Madrid el ministro Antonio Perez (11), el acabar á Orange... es menester mucho y muy mucho artificio, y persona tal que se encargue del caso (12), que como trae consigo tan conocido peligro, no acabo de hallarla aunque la he buscado.»

Estas preocupaciones no desvian á Don Juan de sus proyectos sobre Inglaterra: su hermano le ha escrito friamente (13): «Holgare mucho que las cosas se encaminen de manera que se

(6) Col. de Groen Van Prinsterer, y Cabrera, tom. II, pág. 379.

(7) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 300. Véase tambien Sir W. Stirling, *Antwerp delivered in 1577, a passage from the history of the troubles in the Netherland.*

(8) Herrera, tom. II, pág. 140.

(9) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 35, carta al rey del 26 de mayo 1577.

(10) *Ibid.* pág. 377.

(11) *Ibid.* pág. 297.

(12) *Ibid.* pág. 375.

(13) *Ibid.* pág. 283.

pueda efectuar lo de Inglaterra. En lo del casamiento con la reina de Inglaterra lo que yo os puedo decir es que en tal forma y en tal intencion se podría tratar de hacer que se hiciese un gran servicio y sacrificio á Nuestro Señor, y el reducir aquel reino á la religion católica es de suyo de tanto honor y gloria que parece que no hay cosa que no se debiese pasar.» ¡Palabrería engañosa! Cada alusion de Don Juan al trono de Inglaterra, cada paso suyo en este camino irrita la celosa susceptibilidad del soberano. Ya están tendidos los lazos y provocadas las confidencias para comprometer al jóven ambicioso, haciendo constar bien que no piensa ni mucho ménos en pacificar á Flandes, sino en adquirir una corona. Don Juan, sin embargo, con presuntuosa confianza y obstinacion ya maniática no cesa de despertar inquietudes en el ánimo del rey con su insistencia sobre este punto. «He de posponer siempre mi particular á su servicio, dice (1); ni el reyno de Inglaterra ni todos los del mundo me mudarán jamas. Y si bien la edad y lo poco que se vive me puede convidar y tirar á que mire alguna hora para mi propio negocio, hácame Dios merced de tener por tal el de V. M. y si trato y he tratado de lo de Inglaterra, ha sido el principal fundamento ver que ninguno le conviene tanto al servicio de V. M. como reducir aquello á la obediencia de la Iglesia.» Por otra parte, la mejor manera de reducir los Países Bajos, «seria conquistar la Inglaterra y la Zelanda: todo irá de mal en peor y todo se perderá sin esto (2).» Y no se trata sólo de Inglaterra: Felipe II ha estado malo de la gota durante todo el mes de marzo (3); el secretario Vargas ha muerto y no ha sido reemplazado (4): acaso puede volver Don Juan á Madrid y gobernar la monarquía española como primer ministro de su hermano ya gastado (5). Y en medio de estas quimeras no sabe gobernar siquiera su consejo de los Estados. Hé aquí unas gentes que pretenden que en todo y por todo el gobernador sea gobernado (6). Todos se burlan de él. «Quitar la vida á alguno de estos, como Champagni y Lalaing que tanto mal hacen, podría encaminarse; pero como á todos acusa la propia conciencia, parecerles ha que entra el gobierno del duque de Alba. El

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 361.
 (2) *Doc. ind. tom. L*, pág. 366. Escobedo al rey, 2 junio 1577.
 (3) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 293.
 (4) *Ibid.* pág. 296.
 (5) *Ibid.* pág. 375.
 (6) *Ibid.* pág. 363.

de Abré se ofreció á ir de suyo á matar al dicho Champagni, si yo se lo mandaba; hele asegurado su cabeza y ponerle una corona de oro en ella porque lo haga; pero no tiene valor sino para decillo (7).»

Todos los dias hace conocer nuevas dificultades: no hay para Don Juan sino «cansancio y muerte» (8), se dice desesperado y como loco; habla de retirarse á una ermita (9) y pide su relevo; despues se revuelve contra la misteriosa impasibilidad del rey y las insolencias de los flamencos; se imagina que Felipe no podrá tolerar, si llega á enterarse bien, que sea puesta en irrisión su autoridad. Para explicar el golpe de Estado que prepara, envía á Madrid á su fiel secretario Escobedo, el confidente puesto á su lado por el mismo rey. Escobedo va á hacer comprender la situacion, á obtener refuerzos, á asegurar el porvenir; y parte hácia Madrid el 10 de julio de 1577; Don Juan y él no deben ya verse más en este mundo: en algunos meses habrá terminado el destino de los dos.

IV.—El golpe de Estado de Namur

Tres dias despues de la partida de Escobedo (10) declara Don Juan de Austria que tiene que ir á Lieja á cumplimentar á la hermana del rey de Francia, que va á las aguas de Spa. Es la maravillosa princesa que hubo de entrever entre los esplendores del Louvre la noche de su paso por Paris; pero por una singular coincidencia, ni el príncipe novelesco ni la encantadora princesa estaban de humor para bromas. «El médico que me habia ordenado estas aguas, dice Margarita (11), era mi hermano,» Francisco de Valois, á quien quería ella hacer aclamar por soberano de los Países Bajos.

Ya el año anterior habian ido á la misma fuente de Spa los duques de Montmorency y de Nevers «con muy gran séquito, debiendo ser sospechosa su presencia en la ocasion» (12); tan sospechosa que Mondoucet, nuestro agente en Bruselas, se indignaba de ver á Enrique III desestimar los intereses de Francia en Flandes (13) y prodigar imprudentes palabras de

(7) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 369. Champagny era hermano del cardenal Granvela; pero era sospechoso como moderado; se habia casado con Elena de Brederode, hermana de uno de los primeros agitadores del país.

(8) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 187.
 (9) *Ibid.* pág. 201.
 (10) *Ibid.* pág. 456.
 (11) Margarita de Valois, *Memorias*, pág. 433.
 (12) En agosto de 1576, *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 308.
 (13) Margarita de Valois, *Memorias*, pág. 425.

enardecimiento al príncipe de Orange (1). Mondoucet creyó que Francisco de Valois, «nacido más bien para conquistar que para conservar», podría servir mejor la influencia francesa; además, como Catalina de Médicis se lisonjeaba de poder elevar á un trono á su cuarto hijo (2), se puso en camino Margarita con dos damas de honor á caballo y seis carrozas para la servidumbre.

Cuando vieron las flamencas llegar á Valenciennes á las reales viajeras, se engalanaron para recibir las, y las acogieron con júbilo, «siendo alegre y familiar la índole de las flamencas.» La familiaridad fué llevada muy léjos por la condesa de Lalaing, esposa del gobernador de Valenciennes: la princesa estaba sentada á su lado á la mesa «que es donde los de este país se comunican con más franqueza. Trajéronle á la condesa su niño para darle de mamar; lo puso entre nosotras dos en la mesa, se desabrochó gallardamente, sacó el pecho sin cosa de ceremonia y se lo dió al niño, recibiendo por ello tantos elogios de los circunstantes.» La buena de la condesa tenia la misma franqueza en la expresion de sus sentimientos. «Este país perteneció en otro tiempo á Francia, dijo á Margarita: no hay nada más odioso para nosotros que la dominacion de estos españoles. ¡Que no tocara Dios el corazon de vuestro hermano, el rey de Francia, para recobrar lo suyo!»

La princesa encontró á Don Juan de Austria cerca de Lieja, sin sospechar que aquella solicitud y cortesía no eran sino apariencias para disimular mejor su proyecto de un golpe de mano sobre Namur. «Sin embargo, escribe Don Juan (3), pareció que era bien dexarlo para despues que la dicha princesa fuese partida por hacer con ella el cumplimiento que era razon;» pero ocultando en la abadía de Florefte y en el villajo de Peruwelz (4) muchas compañías de valones reclutados por Berlaymont. Luégo escalona su gente hasta las puertas de Namur, entra en la plaza y se sienta á la mesa con el gobernador (5); entre tanto, los hijos de Berlaymont se apoderan de la puerta y ocupan la ciudad. Margarita se refugia en Francia con el

(1) Zúñiga á Felipe II: «Dándole palabras que le asistirán y favorecerán.»

(2) *Id.* 9 set. 1576. «He sabido que el rey y su madre han enviado á llamar al duque representándole de la manera que se halla lo de Flandes, y que si quiere tratar de yr á aquellos estados, le ayudarán.»

(3) Col. de M. Morel Fatío, pág. 145.

(4) Ms. Bibl. nac. franc. 5165.

(5) Hay grandes contradicciones en todas las narraciones sobre los detalles de la sorpresa de Namur, y aun sobre el nombre del gobernador, que unos llaman M. de Froymont, otros M. de Ive. Véase Sir William Stirling, *Antwerp delivered*, pág. 16.

cardenal de Lenoncour «sospechoso de favorecer á los hugonotes.»

Para Don Juan no estaba el peligro en Namur, sino en Madrid; Don Juan se fiaba en la abnegacion de Antonio Perez, en el apoyo del inquisidor general Quiroga, en los argumentos que traía Escobedo. Ignoraba que hacia cinco meses no pensaba en más el rey que en rodearlo de lazos. La mañosa paciencia que habia hecho fracasar su política en el Mediterráneo y perder á Túnez estaba otra vez en juego: Felipe desplegabá más astucia contra sus agentes que contra sus mismos enemigos. Verdad era que dejaba á las tropas acampadas en Liguria para emprender de nuevo la marcha hácia los Países Bajos, pero se disponia al mismo tiempo á relevar á Don Juan. Puesto que Margarita de Parma y el cardenal Granvela habian sido casi aceptados diez años ántes, obstinábase en la idea de hacer con ellos otra prueba.—Esta es la manera que me parece mejor, escribe el rey á su embajador en Roma (6): llevados de su celo por el servicio de Dios y el mio y por el interés de aquellos estados, la duquesa y el cardenal se ofrecerán á volver á Flandes y me pedirán que los deje ir allá.

Granvela se niega á probar fortuna.—Yo, dice, he venido á ser extraño á esa política; soy odioso al pueblo, mis casas han sido saqueadas, secuestradas mis rentas, he contraido deudas en Roma, tengo sesenta años y me he acostumbrado ya al clima del Mediodía: no puedo partir (7). Margarita se siente tentada por el ofrecimiento; pero teme ofender la susceptibilidad de Don Juan, á quien ama «no sólo como á un hermano, sino como á un hijo.» Y pone condiciones: exige que la ciudadela de Plasencia sea entregada á su marido; tendria necesidad de una gran suma de dinero (8); despues padece tambien de la gota. Durante este tiempo, unos banqueros españoles establecidos en Paris, Jerónimo y Alonso de Curiel, suministran fondos á Don Juan é informes de él al rey (9), compran á Mr. de la Motte, gobernador de Gravelinas y abarcan en su sistema de espionaje hasta los actos del embajador español en Paris (10).

Don Juan está tres meses y medio sin noti-

(6) El rey á Zúñiga, 1.º set. 1577. V. Gachard, *Corresp. de Margarita*, tom. I, prólogo, pág. 28.

(7) Don Juan de Zúñiga al rey, 17 octubre 1577.

(8) *Id.* 28 oct. 1577.

(9) *Doc. ind. tom. LI*, pág. 137-245.

(10) *Ibid.* Los agentes secretos son Pedro de Arcanti y un señor de Vaulx.

cias de España (1).—Si Dios en su bondad no me protege, dice, no sé ya qué hacer ni qué va á ser de mí, ¡Oh! ¡Pluguiera á Dios que sin faltar á mi conciencia ni á mi rey, pudiera romperme la cabeza contra un muro ó arrojarme á un precipicio! Se me deja olvidado hasta el punto de no contestar á mis cartas.

Los estados cometieron la falta de no permanecer neutrales entre Don Juan y Orange: no supieron aprovecharse del apoyo ofrecido por Namur para luchar contra la invasión de los luteranos. El momento era, sin embargo, favorable: aún en Alemania estaba abandonado Orange (2); los soberanos comenzaban á cansarse de las gárrulas contiendas de los teólogos (3); y la reina de Inglaterra no estaba en mejores disposiciones. «Hubiéranos hecho un gran bien, exclama el de Orange (4), si se hubiera resuelto más ántes.» Pero el foco holandés arde todavía: el príncipe de Orange acaso se hubiera dejado llevar á la paz, á lo ménos uno de sus prisioneros lo supone así, despues de muchas conversaciones con él (5); pero es empujado por los fanáticos «Santa Aldegonda y otros semejantes, (6)» y declara: «Aunque nos viéramos abandonados de todo el mundo y por todo el mundo combatidos, no dejaríamos de defendernos (7).» Excita las pasiones populares y fuerza al consejo de los Estados á llamarlo á Bruselas. «Preciso es, dice (8), ó prepararnos á servir en el cadalso á la posteridad, de miserable ejemplo de torpe desunión, ó rechazar unánimes la violencia extranjera.» A un burgués que habla tímidamente de paz, contesta «que en esto hacia muy mal oficio (9).»

Contra un político tan firme en sus miras, las impaciencias de Don Juan y las tergiversaciones de los estados no podían defender el terreno legal. Hé aquí al príncipe de Orange, aclamado por el populacho á su entrada en Bruselas (10); va á tomar las riendas del poder poniéndose al servicio de las pasiones democráticas y religiosas. El duque de Arschot contesta con una salida harto ingeniosa: imagina ofrecer la soberanía de los Países Bajos al archiduque

(1) *Correspond. de Guillermo*, tom. IV, Prólogo, pág. 20.
 (2) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. V, pag. 105, Brunynck á Juan de Nassau.
 (3) *Ibid.* pag. 21. «Dax zenckisch Pfaffengeschwetz.»
 (4) *Ibid.* pag. 334.
 (5) Del Rio. Véase la *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pag. 236.
 (6) *Ibid.* «Si no estubiese acompañado de Aldejonda y otros semejantes.»
 (7) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. V, pag. 281.
 (8) *Ibid.* tom. V, pag. 413, Orange á Hembyze.
 (9) Wanderhaghe á Wytts, 7 oct. 1577. (*Corresp. de Guillermo*.)
 (10) El 23 de setiembre de 1577.

Matías, hermano del emperador y sobrino de Felipe II.

El emperador Maximiliano había muerto un año ántes (11) y le había sucedido su hijo Rodolfo, maniático que huía de las mujeres y se encerraba con los alquimistas: otro de sus hijos, Matías, mozo de veinte años, sabe que los nobles de los Países Bajos lo llaman á Bruselas (12), y levántase una noche (13), sale descalzo de palacio, hace que le abran las puertas de Viena, parte en un carricoche con tres caballeros y se presenta de pronto en Bruselas, el 26 de octubre. El consejo de los Estados lo designa desde luégo como gobernador de los Países Bajos.

Esta eleccion parecia hábil y consternó á Don Juan (14); podía creerse que Felipe II se resignaría á confirmarla. Permitía luchar á la vez contra la herejía y contra España, ligando á todos los moderados contra los peligros de la democracia. Pero se contaba sin dos obstáculos: el genio del príncipe de Orange y la incapacidad del alemán.

V.—El golpe de Estado de Gante

«El príncipe de Orange cuyo genio flexible sabia muy bien atemperarse á las circunstancias, lo hizo tan bien con sus hábiles sumisiones que puso de su parte al archiduque» (15), conservando para sí el poder real. Hizo que se le eligiera *ruwart* de Brabante en sesión del consejo de los Estados, en lo que se consintió por temor al populacho de Bruselas que había invadido la sala (16). Los agitadores en armas guardaban su palacio y las mujeres se arrodillaban á su paso en las calles (17). «Cuando algunos han tenido la audacia de contradecir sus peticiones, ha hecho hábilmente que la canalla les dé un susto» (18). Como todos los que halagan las pasiones populares, finge rehusar la nueva dignidad. «El príncipe ha usado de muchos artificios y aparenta siempre no querer aceptar» (19).

El duque de Arschot comprende que no es ya posible la lucha en medio de los tumultos

(11) El 12 de oct. de 1576.
 (12) Los que se pronuncian con el duque de Arschot por la llegada de Matías, son el marqués de Havré, el joven conde de Egmont, el conde de Lalaing, Boussu, Champagny, Rassenghien y Lalaing Montigny. Véanse Ms. 16891 de Bruselas, citado por Gachard, *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, y Maurier, *Memorias*, pag. 83.
 (13) El 3 de octubre de 1577.
 (14) *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pag. 52.
 (15) Du Maurier, *Memorias*, pag. 84.
 (16) *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pag. 59.
 (17) *Ibid.* pag. 66.
 (18) Pont. Payen, *Turbulencias de Arras*, tom. II, pag. 49.
 (19) *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pag. 66.

de Bruselas, contra las usurpaciones del príncipe de Orange «que había ganado ya tanto al pueblo, sin distincion de creencias» (1), y hace convocar en Gante á los diputados de los cuatro miembros de los países y condados de Flandes. Allí los delegados de la nobleza y del clero declaran que el nombramiento del príncipe de Orange como *ruwart* de Brabante es peligroso y contrario á las leyes.

Pero el pueblo de Gante, como el de Bruselas, es ganado por las ideas del príncipe. Mientras los representantes legales de la patria deliberan en Gante, recibe Orange en Bruselas á un aventurero, Francisco de Ryhove, que va en su nombre y en el de su amigo Juan Van Hembyze «hombre de cabeza ardiente y vida muy escandalosa» (2), á proponerle la prision de los diputados de los estados por un golpe de mano del pueblo. El Taciturno lo escucha, pide tiempo para reflexionar y el día siguiente por la mañana envía á su confidente Marnix de Santa Aldegonda á animar al agitador Ryhove. En realidad el príncipe de Orange inspira el golpe de mano (3) contra la representación nacional; pero teme ser exonerado si se malogra el golpe (4).

Ryhove parte á galope para Gante, trasmite á Van Hembyze las instrucciones del príncipe, y aquella misma noche á las once, con la gente que han podido reunir apresuradamente, prende en la cama al duque de Arschot y á los principales diputados de la nobleza y del clero, y sin darles tiempo para vestirse los empuja á casa de Ryhove, donde los encierra. Muchos católicos influyentes son igualmente presos (5). Se hace decir á los condes de Lalaing y de Heze, que pudieron escaparse, «que si se supiera que eran ellos de los que habían llamado al archiduque, corrian peligro sus cabezas» (6).

El príncipe de Orange, tan circunspecto la víspera, acude para gozar del éxito, y es recibido en triunfo por los ganteses que le presentan

(1) Ms. Arch. Lilla, fragmento publicado por Gachet, Bolet. com. real hist. 2.ª serie, tom. V, pag. 160-193.
 (2) *Memorias* sobre las turbulencias de Gante (Soc. hist. Bélgica).
 (3) Es la propia expresion de Famián Strada: «Re vera obsequentes Orangio.»
 (4) Es el pensamiento del leal apologista de los príncipes de Orange, Groen Van Prinsterer. «Evidentemente, dice, el príncipe deseaba que se ejecutara la empresa, pero se reservaba la intencion de desaprobare el hecho. Hubo por lo ménos consentimiento tácito.» Orange tenia además en Gante á su secretario Boudimont y muchos de sus soldados.
 (5) El 28 de octubre de 1577. Al duque se lo llevaron literalmente en camisa, descalzo y descubierto. (Bolet. com. real hist. tom. XI, pag. 140.)
 (6) *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pag. 75.

«un corazon en que estaba grabada la palabra *Sinceritas*» (9).—Tienen miedo (10), escribe con sarcasmo hablando de los presos.—Mucho cuidado, contesta Santa Aldegonda: los nobles de la magistratura de Bruselas con los veintiseis comisarios de los tres miembros están indignados de esta violacion de las leyes; la herida es más honda de lo que yo hubiera creído (11). Muy luégo cree necesario el príncipe de Orange negar toda participacion en el atentado «y ántes que nadie le echase el hecho encima, se dió buena prisa á disculparse» (12).

El pueblo está desencadenado, el pueblo no está ya animado ni por el patriotismo ni por la fe religiosa: es la hora de las venganzas privadas y del pillaje. «Nadie estará seguro, dice Champagny (13), si se azusan los perros para hacer correr á quien se quiera.» Los ganteses invaden á Brujas, prenden al obispo y saquean los almacenes y las iglesias (14); dispersan las comunidades, se llevan los muebles y maltratan á las religiosas (15). El príncipe está aturrido con las noticias de las violencias que le llegan todos los días: el desórden se extiende á todas las ciudades en el momento en que llega el ejército español. «No estará nunca en poder de los superiores ordenar nada ni aún levantar ejército,» escribe á Audenarde (16); en Brujas pide humildemente que no se persiga á los católicos (17). Con los ganteses que han sublevado al populacho de Brujas es más severo. «Os amo, les dice, quiero que seais honrados; por culpa vuestra está el país sumido en un estado de efervescencia y division: no comprendo cómo enviáis vagamundos á saquear las casas. Os haceis aborrecer» (18).

Teme excederse; se cree rebajado en la opinion de los extranjeros. Se le tacha, dice de él Granvela (19), de la demasiada autoridad que da á los municipios de las ciudades.—Hasta el landgrave de Hesse, uno de los jefes de los luteranos de Alemania, exclama con indignacion al saber los crímenes cometidos (20): «Más valiera que hubieran obedecido á Don Juan:

(9) *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pag. 80.
 (10) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pag. 219.
 (11) *Ibid.*
 (12) *Corresp. de Guillermo*, pag. 77.
 (13) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pag. 224.
 (14) Herrera, tom. II, pag. 177.
 (15) *Ibid.* pag. 187. «Violaron todos los monasterios de monjas.»
 (16) *Corresp. de Guillermo*, tom. IV, pag. 377.
 (17) *Ibid.* pag. 51.
 (18) *Ibid.* Prólogo, pag. 118, traducido por Gachard.
 (19) Col. de Groen Van Prinsterer, Granvela á Bellefontaine, 27 de mayo de 1578.
 (20) *Ibid.* tom. VI, pag. 254.